

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 413.

Alicante 2 de Noviembre de 1878.

Año IX.

¿CÓMO ESTAMOS?

Estudemos la influencia del espíritu de la época en nuestra situación religiosa, y cuáles sean los obstáculos que el individuo tiene que vencer para triunfar de él.

Dejo sentado que la revolución, después de haberse vuelto contra la Iglesia, y de haberla tratado como enemigo, ha conseguido sobre ella tales triunfos, que, á ser institución humana, quedaría hoy ya destruida.

Y esto se comprenderá fácilmente. Si á un árbol, que á fuerza de años ha ido ahondando sus raíces y extendiendo sus ramas, cubriéndolas de hojas y cargándolas de frutos, se le arrancan estos, y luego se le quitan las hojas, y más tarde se le cortan las ramas, y por fin se le separan las raíces, ¿qué será de él, si una virtud sobrenatural no le dá sustento y vida?

Y si este árbol es el único que puede dar sombra en el vasto erial de la existencia, y alimento con su fruto, y lecho con sus hojas, y ambiente de salud con su aroma, ¿cuán grande no será el obstáculo que tendrá que vencer para conservar su

vida, el que se halla con que el árbol queda mutilado en lo que era más útil?

La Iglesia, que es este árbol, había ahondado sus raíces en la sociedad, introduciéndose en la civilización; en las costumbres, en las instituciones y en la familia; había extendido sus ramas sobre la sociedad, amparándola con las órdenes religiosas, que naturalmente habían ido brotando de su tronco; los establecimientos piadosos, caritativos y de beneficencia de todas clases eran sus hojas; y los frutos de virtudes, de abnegación, de amparo y de consuelo hacían de este árbol, puesto por Dios en medio de la humanidad, la dicha y la esperanza del individuo.

Y desde que la revolución le ha mutilado el árbol, el hombre carece de las facilidades con que contaba el de otras épocas para encontrar la vida religiosa. Desde entonces empiezan los nuevos obstáculos que le toca vencer para vivir.

Fácil será reducir al terreno práctico estas dificultades y analizarlas.

El hombre para creer debe conocer, para conocer instruirse, y para instruirse hallar un maestro. ¿Cómo

y dónde recibe hoy el individuo su instrucción religiosa, que le abra el camino á la fé?

En otras épocas no tenía mas que levantar los ojos á las ramas del árbol, y le salían al encuentro las instituciones religiosas, que desde la niñez infundían en su alma las luces de la verdad, y cuando adulto se las fortalecían con los principios de la ciencia, y en los azares de la vida le guiaban, y en sus borrascas le consolaban, y en sus dolores le asistían, y en sus últimos días preparaban su conciencia para presentarse ante aquel Supremo juez á quien había conocido por medio de la fé, y de cuya felicidad eterna estaba en condiciones para gozar.

Y encontraba otra cosa que valía casi tanto: una madre que elevaba su primer sentimiento hácia Dios, y un padre que sembraba en su espíritu las primeras semillas de la instrucción religiosa, secundando uno y otra con sus consejos y ejemplos el desarrollo que la verdad iba tomando en su espíritu á medida que adelantaba en el camino de la vida.

En nuestra época es otra cosa. El niño oye hablar de Dios quizá en alguna casa, y hasta la madre que es piadosa le dá las primeras nociones que ella tiene de religion; pero ¿qué puede esta comunicarle, si la ignorancia religiosa empieza en los padres, que son víctimas ya de la situación en que se halla hoy el católico?

Lo llevan á la escuela y allí aprende el catecismo, y más tarde en el

colegio estudia como asignatura un curso de religion y moral. He aquí toda la instrucción religiosa que la sociedad le ofrece.

De este punto en adelante tiene que buscársela solo.

Pero ¿cómo se la procurará si no tiene aquella fé que le impulse á buscarla como necesaria? Y ¿cómo tendrá fé si carece de aquel conocimiento de las verdades eternas que la produce?

Este es el círculo vicioso en que queda encerrado el hombre de nuestra época.

Convengamos en que para romperlo pocos medios humanos tiene, y que aquellos que lo consiguen es porque los auxilios de la gracia han obrado poderosamente en ellos.

Porque si la fé, movida por alguna buena semilla que queda en el alma, aviva en el hombre el deseo de adquirir alguna instrucción religiosa que le ponga en el buen camino, no sabe dónde ir á adquirirla.

Si la busca en los libros, carece del criterio para escogerlos, y hasta ignora la fuente donde ha de hallarlos; si su anhelo le lleva á pedir consejo á persona competente, es preciso que tenga la suerte de hallarla, y si va al templo á recoger la divina palabra, como no es más que en épocas dadas cuando se predicán sermones doctrinales y pláticas catequísticas, su instrucción es incompleta, vaga é insegura.

Y si es por el contrario que el círculo se rompa empezando por el conocimiento de alguna verdad reli-

giosa que, oída por casualidad en momento oportuno para avivar el deseo de entrar en terreno poco conocido, ó que leída en una hora seria de la vida, le lleva á igual deseo, las mismas dificultades se presentan.

El hombre de esta época no sospecha que lo primero que necesita es aprender el catecismo; y se reirá de aquel que se lo proponga; pero es lo cierto que en todos los actos de su vida religiosa, y en su conducta, y en sus principios, se observa esta mezcla de verdad y de error, de fé y de ignorancia que acusa el desconocimiento en que vive de las verdades y preceptos del catecismo, base de toda la instruccion religiosa.

Vamos al segundo obstáculo capital.

El católico además de creer debe obrar, esto es, practicar los preceptos de la religion; y nuestra época le ofrece como primer estorbo el mal ejemplo.

El católico que quiere practicar se encuentra solo ante una sociedad que no ora, que no se comunica con Dios, que no se acerca al sacerdote, y que le invita con un indiferentismo, poco menos que absoluto, á no perder el tiempo en prácticas que llama fanáticas, y que dice no son de esta época.

Y como si esto no bastara, le pone en seguida otro estorbo difícilísimo de vencer, el respeto humano.

La burla, la seducción, el ridículo, hasta los insultos le salen al encuentro al hombre que quiere practicar.

¡Ah! cuán buenos impulsos se han

perdido, cuán rectos propósitos se han desvanecido, y cuántos primeros pasos buenos se han desandado ante el peso formidable de estas armas que el espíritu de la época emplea contra el individuo.

Y aquí es donde siente todavía, el que quiere practicar, la soledad en que le ha dejado la revolucion, destruyendo el árbol que le hubiera dado amparo. Porque el hombre que no ha adquirido la fortaleza necesaria para vencer estos obstáculos, ó que vacila falto de vigor para permanecer en el buen camino en que habia permanecido, empieza por esconderse á fin de librarse de estos enemigos, y no sabe á donde dirigirse para encontrar un guía que le conduzca, un director que le ilumine, un compañero que le vigorice, un ejemplo que le anime.

Y no se diga que todo esto existe y puede hallarse fácilmente. Existe, es cierto, para aquel corto número de católicos sinceros que se reúnen y cuentan con todos estos elementos, que les hacen no hallarse solos en frente del espíritu de la época. Pero estos son los que ya han vencido, los que se han arrimado al tronco del árbol, y de él reciben vida.

Pero para los que luchan, para los que vacilan, para los que han de ir del indiferentismo á la práctica, la dificultad es inmensa. Díganlo sino los infinitos que por no tener facilidades están pasando por angustiosas vacilaciones y alternativas, los que han retrocedido despues de los primeros pasos; y díganlo los que por

fin han salido vencedores en la lucha: ¡cuánto les ha costado! Y aún estos os dirán que han recibido la vida de ramas que la revolucion no ha podido tronchar del todo, ó que derribadas conservan aún su vigor.

Suspendamos aquí nuestro estudio para continuarlo en otro artículo.

L. M. de Ll.

EL OBISPO,

Pastor del místico rebaño, apoya su diestra sobre el báculo que le sostiene, verdadero cayado en torno del cual se reúne la escogida y creyente grey.

Sacerdote por la Divina misericordia, párroco de su diócesis, obrero vigilantísimo, ni duerme ni descansa atento á las necesidades de su clero, atento á las necesidades de sus diocesanos.

Lucha continua y perpétua contra el infierno que maldice, Satanás que ruje, el mundo que se burla y la carne que se embravece, es la vida sacerdotal.

Cada paso es un combate, cada día aparece una asechanza, cada hora el corazón se angustia, cada minuto el alma desfallece, cada segundo la amargura avanza.

En el orden del sacerdocio, cada grado es, no una condecoración y sí un empeño tremendo de gran responsabilidad, desde la primera tonsura hasta el episcopado: empeño

que se salva en alas de la fé que lleva á Dios, sobre los robustos hombros de la esperanza que conforta los corazones, en brazos de la bendita y riente caridad, amor de los amores del alma, que toda se niega á sí y toda se ofrece por el divino amor, en holocausto perpétuo, en víctima propiciatoria por las almas de los pecadores para que se conviertan, por las almas de los justos para que perseveren.

¡Oh, qué hermosa es la misión sacerdotal!

Después de estos estudios incesantes, después de la fatiga de la predicación, después del trabajo del confesionario, después de la asistencia á los enfermos, cuando ya los años pesan y la vida camina por la pendiente de la vejez que conduce á la senectud, cuando el fatigado cuerpo pide descanso, el obispado llega, el obispado con su responsabilidad, el obispado con sus multiplicados, con sus nimios deberes, el obispado con su vigilancia, el obispado con sus atenciones, el obispado que exige una vida inmaculada y clarísima, apostólica abnegación, diligencia entusiasta, celo que devore, amor inextinguible de Dios, en Dios y por Dios, para el hombre y por el hombre, para los fieles y por los fieles.

Contra el obispado aparecen erguidos, de los partidos el furor, de la incredulidad el escarnio, de la falsa filosofía cruel guerra, del sarcasmo la violencia, del escepticismo la burla, del epigrama el veneno.

No importa: el Obispo, firme en

su mision, conjura los peligros y avanza en su camino apostólico.

Sobre su cabeza está la proteccion divina: ciñe su cabeza verde sombrero color de esperanza, que trasporta el alma á los cielos; pende de su cuello pectoral sagrado, cruz que dice que crucificado vive el que la lleva y que la cruz ha de ser su objetivo; morado el traje, color de sufrimiento, que nunca abandona á los elegidos de Dios para purificar sus almas; blanco roquete manifiesta que la virginitad es el místico desposorio de la criatura con su Criador: anillo resplandece donde se condensa la gota de sangre del immaculado Cordero que quita los pecados del mundo; la mitra es la corona de espinas de la que brota la llama que enardece amoroso las entrañas del Obispo, cuyo apoyo es el báculo, signo de amor para los creyentes, de terror para los energúmenos, de esperanza para los idólatras, de desesperacion para los contumaces.

A las armonías y bendiciones, á los himnos y las alabanzas en la Catedral, á los esplendores del culto sucede la pastoral visita: caminar entre breñas, ascender á montañas escarpadas, pisar escondidos valles, ver de cerca dolores ignorados por el mundo, conocer miserias ocultas á las grandes ciudades, observar de cerca la vida de martirio del pobre párroco, contemplar con dolor el templo que se desmorona, ver con tristeza ornamentos inservibles, saber con honda pena robos sacrílegos de sagrados vasos, cuyos desdicha-

dos autores acaso el párroco conoce y jamás delata.

Y en esos escondidos pueblos, y en esas altísimas montañas, y en esos ignorados valles, es de ver lo que vé, es de oír lo que se oye.

Pobres campesinos curtidos por la nieve, azotados por el cierzo, quemados por el sol: pobrecitas mujeres, cuyos harapos limpios constituyen preciadas galas: criaturas inocentes, sin zapatitos y con trajes hechos de remiendos, rodean al párroco y de rodillas piden la bendicion al Obispo.

Y es de ver lo que se vé y de oír lo que se oye.

Y cuando el Obispo bendice, al par que su mano descende sobre las creyentes cabezas, lágrimas descienden de los ojos del prelado, lágrimas de gozo y lágrimas de amargura.

Y es de ver lo que se vé y de oír lo que se oye.

Y á la bendicion sigue la limosna, poca, porque el Obispo no es rico, pero consoladora y dada con gran amor; y á la limosna acompaña el consejo, y al consejo sigue la inspirada plática.

Y es de ver lo que se vé y de oír lo que se oye.

Y cuando el Obispo descende por los vericuetos y abandona las montañas y deja los valles, muchas miradas le siguen, sollozos estallan, lágrimas aparecen, y los aires resuenan con bendiciones que hasta los cielos llegan.

Y esto se repite un año y otro año,

hasta que el Obispo muere, nunca cansado; rendido el cuerpo, pero viva el alma por los destellos de la hermosa caridad.

La nieve cubre las veredas, el aire es frío, muy frío; el sol abrasa, el polvo ciega, pero no importa, allí, por doquier, están los diocesanos, clero y fieles, y los diocesanos forman el tesoro del Obispo, como los pobres un día fueron el tesoro del mártir diácono Lorenzo.

Triunfen los oradores en los Parla-mentos, los generales en los campos de batalla, los profesores en los Ateneos; el Obispo triunfa también entre los humildes y los que necesitan la palabra de Dios.

Después de la caridad, el estudio, después de la celebración de los divinos misterios, el estudio.

Pero siempre la misión gloriosa del prelado, que es el caudillo que marcha a vanguardia de su grey para disputar el paso al error, la incredulidad y la apostasía, y vencer siempre, sin más enseña que el báculo, sin más escudo que el pectoral, sin más armas que la predicación y el ejemplo, sin más argumentos que las bendiciones.

Hé ahí la vida del Obispo, disecada, rota, hecha pedazos por un periodismo ignorante, por una impiedad intransigente, por un indiferentismo cobarde y vergonzoso.

Honores... dignidades... consideraciones, todo eso es humo para el Obispo: su realidad es la cruz, esto es, la tribulación que no le deja, la calumnia que le hiere, la murmura-

ción que le punza, la envidia que le tortura.

¿Qué importa todo eso, Dios mío?

Mas allá está la vida inmortal.

Mas allá está Dios.

Mas allá están las divinas promesas.

No desmaye el episcopado, y firme en su misión avance por la vía de la prueba que conduce a la eterna bienaventuranza.

El sacerdote flanquea el terreno.

El párroco marcha en las guerrillas.

El Obispo manda el grueso del ejército.

¿Contra qué enemigo?

Contra el pecado, contra la corrupción social, contra la iniquidad, contra la heregía.

¿Con qué armas?

Con la oración, la penitencia, la caridad, las lágrimas, el ejemplo y la enseñanza.

¡Oh, qué consoladora es la misión del sacerdote!

¡Oh, qué laboriosa es la vida del párroco!

¡Oh, qué llena de merecimientos y consuelos y bendiciones, y trabajo y amor, está la existencia del pastor celoso, del Obispo ilustrado, y creyente, y caritativo y bueno.

(Boletín General del Clero.)

CRÓNICA RELIGIOSA.

Roma 21 Octubre de 1878.

La peregrinacion ha llenado su objeto; todos hemos tenido la satisfaccion de consolar y ser consolados por el Vicario de Jesucristo, que hoy vive despojado de sus bienes y prisionero en sus mismos estados y en su propio palacio. Si, Leon XIII como Pio IX no disfruta de completa libertad; es un Papa pobre, es un Papa afligido, y por eso no podia ménos de recibir como ha recibido con verdadera alegría á los peregrinos españoles que habian surcado el mar para postrarse á sus plantas, para consolarle y para ofrecerle por su propia mano el dinero de San Pedro.

Los católicos-liberales, que no dan tregnas á su tarea de inventar chismes para impedir que se lleven á cabo las grandes obras, habian dado en la flor de decir que á Leon XIII no le gustaban las romerías: y no parece sino que el Papa haya querido desmentir esos rumores, obsequiándonos de una manera que indica muy claro que estos actos de piedad le son sumamente agradables.

Dos audiencias obtuvieron los peregrinos de S. S.: en la primera presentose rodeado de su corte y sentado en su trono; en la segunda estuvo dos horas en medio de nosotros conversando, dirigiéndonos preguntás y permitiendo que cada uno le besara los piés y las manos y le dirigiera cuantas peticiones creyera conveniente; y como si esto no fuera todavía bastante admitió, en su oratorio particular, á las personas que habian iniciado la

peregrinacion, las cuales tuvieron la inefable dicha de oír la misa que rezó S. S. y recibir de sus manos el Pan Eucarístico.

En la imposibilidad de que todos los peregrinos pudieran asistir á este acto, solo fueron unas cuarenta personas las que estuvieron presentes en el mismo, pues no tenia cabidq para más el oratorio del Papa. Pero Leon XIII quiso que se obsequiara á los peregrinos españoles, y lo encargó personalmente al Cardenal Borromeo y á los jóvenes del Circulo de S. Pedro, quienes han llenado su cometido de una manera digna del mejor elogio.

El sábado por la noche S. E. el Cardenal Borromeo dió en obsequio á los peregrinos una velada musical en el pelacio Altieri, en la cual tomaron parte distinguidos profesores. Al empezar la fiesta, S. E. dirigió á los peregrinos un elocuente y afectuoso discurso, y le contestaron con oportunas y brillantes improvisaciones el Sr. Sanchez, Pbro. de Astorga y el Rdo. Dr. D. Francisco Barrio Gonzalez. Asistieron á esta velada, además del Emmo. Cardenal que la presidia y los peregrinos españoles á los cuales iba dirigida, muchas personas notables, entre las cuales estaba Monseñor Macchi, camarero mayor de S. S., y el Exmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Camacchio.

En esta velada, distinguidos artistas y profesores de música cantaron y tocaron escogidas piezas en el armonium, piano y mandurria. En la cubierta del programa se leia literalmente la siguiente dedicatoria en lengua española: «A la Romería Española, que pasando por cima de tantas contradicciones ha sido llevada á

termino á la tumba de San Pedro por la Juventud Católica de Barcelona, que tanto ha conmovido y confortado al magnánimo Pontífice Leon XIII, la seccion de los jóvenes de la sociedad Primaria Romana por los intereses católicos, accediendo á los deseos de S. S. obsequiará con un entretenimiento de música, en la noche del 19 de Octubre de 1878, en los salones del Emmo. señor Cardenal Borromeo su protector, uniéndose al mismo tiempo á la España católica en su vivafé y constante adhesión á la Santa Sede.»

Ayer noche en el palacio de Altems, los jóvenes del Circulo de San Pedro obsequiaron á los peregrinos con otra velada literaria musical y un espléndido refresco. La parte de música y canto estuvo encargada á distinguidos profesores de esta ciudad, quienes cantaron y tocaron distinguidas piezas con mucho ajuste, mereciendo los entusiastas aplausos de los concurrentes. En cuanto á la parte literaria, el señor Vice presidente del Circulo pronunció un elocuente discurso en elogio de la peregrinacion, y luego los señores Calisti y conde de Cimorra dieron lectura, el primero, á cinco sonetos á la muerte de Pio IX y eleccion de Leon XIII y el segundo á una poesia titulada, «El vapor Santiago en Civitavecchia.» También leyeron dos poesías los señores Nogués y Riambau, académicos de la Juventud Católica de Barcelona, mereciendo todos el aplauso de la concurrencia. Despues del señor Riambau ocupó la tribuna el señor D. José de Palau y de Huguet, presidente de la Juventud Católica de Barcelona é iniciador de la peregrinacion.

El discurso del señor Palau fué oportuno, entusiasta y elocuente, de modo que durante el mismo fué interrumpido muchas veces por los aplausos de la numerosa concurrencia que llenaba el vasto salon de Altems, aplausos que se prolongaron largo tiempo despues que hubo concluido el señor Palau su improvisacion, la cual le valió la felicitacion de todos los españoles é italianos, y elogios y vivas muestras de simpatia de S. E. el Cardenal Borromeo y de los Monseñores Macchi y Ricci que asistieron á la velada.

Segun tengo entendido, el miércoles próximo por la mañana partiremos para Civitavecchia, y si el tiempo nos favorece, el viernes próximo por la tarde ó el sábado por la mañana, lo más tardar, podremos abrazar á nuestros parientes y amigos con la satisfaccion del que ha llevado á cabo un acto tan importante y que ha visto colmados todos sus deseos. — N.

Roma 22 de Octubre.

El último dia que hemos permanecido en esta ciudad los peregrinos ha sido tan lleno de gratas emociones como lo habian sido los anteriores. A las ocho de la mañana, en el altar mayor de la Basilica de San Pedro, el Excmo. é ilustrísimo Sr. Obispo de Huesca ha celebrado una misa, durante la cual ha distribuido el Pan Eucarístico á los peregrinos, los cuales concluido este acto religioso se han dirigido á orar ante la tumba de San Pedro, para que Dios consuele á la Iglesia y á nuestro amadísimo Padre Leon XIII, hoy tan atribulado.

Por la noche, los jóvenes del Circulo de San Pedro obsequiaron á los indivi-

actos de la comision y á los académicos de la Juventud Católica de Barcelona con un espléndido banquete en el Restaurant de Roma. En el vasto salon se colocó una mesa capaz para sesenta cubiertos, pues fueron otros tantos los comensales presididos por Monseñor Ricci, camarero mayor de Su Santidad, Monseñor Machi maestro de cámara y Monseñor Stoner.

Además de los académicos de ambas sociedades y los distinguidos personajes que presidian, asistieron el sobrino de Su Santidad, el marqués Patrizzi, gonfalonero de la Sta. Iglesia Romana y los directores de los periódicos «L'Observatore romano» y «La Voce della verità.»

En este banquete reinó la más completa cordialidad, y al destaparse las botellas del «champaigne» El Sr. Cossino inauguró los brindis recitando una preciosa poesia dedicada á los peregrinos, seguidamente brindaron tambien en verso el Sr. conde de Cimorra y el Sr. Director del primero de los citados periódicos católicos, y por último el Sr. Director de «La Voce della verità».

El Sr. D. José de Palau y de Huguét, contestando á los brindis, improvisó otro de los elocuentes discursos con que ha logrado entusiasmar estos dias á los jóvenes de Italia y á los peregrinos españoles, y los Sres. D. Enrique Planas, don José Maria Ravel y D. Jaime Nogués pronunciaron tambien estusiastas brindis que fueron muy aplaudidos.

Al despedirse de la reunion Monseñor Macchi ha dicho que S. S. Leon XIII queria que el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Huesca, antes de partir el vapor «Santiago», diese á bordo del mismo la ben-

dicion papal á todos los peregrinos y á las familias.

Hé aquí, Sr. Director, el modo como han sido obsequiados por S. S. y por los católicos de Roma los peregrinos españoles. Aunque la precipitacion con que he tenido que escribir esta correspondencia no me ha permitido extenderme en comentarios, creo que la sola narracion de los hechos bastará para dejar sentado que esta peregrinacion ha sido sumamente agradable á Leon XIII, que le ha servido de gran consuelo, y que ha sido al mismo tiempo uno de estos actos sublimes que solo sabe inspirar la fé y que solo saben llevar á cabo los católicos.

Paris 22 de Octubre de 1878.

En medio de las fiestas con que se solemniza el cierre de la Exposicion, los republicanos no cejan en sus continuados ataques á la religion y á sus ministros.

De una parte el «Evénement» publicó hace algunos dias un violento artículo contra el señor arzobispo de Alger, acusándole de haberse enriquecido, gracias á la prodigalidad del general Chanzy, por cuya mediacion, le dice, ha recibido mas tierras de las que éste ha comprado.

El Señor Arzobispo acaba de contestar á tan incalificables calumnias en una carta, en la que despues de demostrar su sentimiento por unas aserciones que son tan audaces como falsas, desmiente uno á uno todos los hechos alegados por el «Evénement», y declara que por aquella carta le hace donacion de toda concesion territorial grande ó pequeña que haya recibido de cualquier autoridad,

añadiendo que si el «Evénemets» ha dicho la verdad, pone en su mano el medio de enriquecerse.

Estos dardos dirigidos audazmente al virtuoso arzobispo, prueban cuán leales son los que los disparan y cuán fraternales son sus sentimientos.

En Foigny, departamento de Jonne, las religiosas que cuidan de la sala de asilo han sido también víctimas de un rudo ataque debido al prurito repetidas veces manifestado por aquel alcalde de acabar con las congregaciones religiosas. — M.

L' Osservatore Cattolico acaba de publicar la circular dirigida por el Cardenal Simeoni inmediatamente después de la muerte de Víctor Manuel, para protestar en nombre de Pío IX, contra el advenimiento de Humberto.

Aunque por entonces nos ocupamos de este notable documento, al verle hoy publicado nos apresuramos á reproducirle. Que en estos momentos un periódico italiano llame la atención de sus lectores acerca de las razones de eterna justicia invocadas por el cardenal Simeoni en su magnífica protesta, nos parece un hecho de innegable gravedad.

Hé aquí ahora la protesta á que nos referimos:

»Palacio del Vaticano 17 de Enero de 1878. — Recordando los sagrados deberes que le incumben de proteger los derechos imprescriptibles de la Santa Sede el Soberano Pontífice ha tenido siempre cuidado de protestar contra las sacrilegas empresas, sucesivamente dirigidas por el gobierno piemontés contra el poder temporal de la Santa Sede.

»Entre esas protestas de todas clases es necesario recordar especialmente, en vista de las circunstancias que las han provocado, la nota dirigida por orden de Su Santidad al cuerpo diplomático el 24 de Marzo de 1860, en la cual protesta contra la anexión de la Rumania al Piemonte; las del 18 y 24 de Setiembre del mismo año, con motivo de la invasión de las Marcas y la Umbria; la del 15 de Abril de 1861, después de la usurpación del título de rey de Italia por Víctor Manuel de Saboya; en fin, la del 20 de Setiembre de 1870, fecha de la nefanda ocupación de Roma.

»Estas solemnes protestas conservan toda su fuerza, y el trascurso de los años, lejos de atenuarlas, ha confirmado por el contrario, toda su justicia y necesidad, puesto que una triste experiencia ha hecho ver los obstáculos que el Padre Santo ha encontrado en el ejercicio de su ministerio apostólico desde el momento en que fué despojado de sus Estados.

»Esto sentado, puesto que después de la muerte del Rey, su hijo mayor, tomando el título de Rey de Italia, ha pretendido sancionar la expoliación ya consumada, es imposible á la Santa Sede, el guardar un silencio, del que algunos podrían sacar deducciones falsas, dándole una significación errónea.

»Por estos motivos, y para llamar de nuevo la atención de las potencias acerca de la dura situación en que la Iglesia continúa, Su Santidad ha ordenado al infrascrito Cardenal Secretario de Estado que proteste y reclame de nuevo, con objeto de mantener intacto, contra una inícuca expoliación, el derecho de la Igle-

sia sobre los antiguos dominios destinados por la Providencia á asegurar la independencia de los Pontífices romanos, la plena libertad de un ministerio apostólico y la paz y la tranquilidad de los católicos esparcidos por todo el universo.

«El infrascrito Cardenal Secretario de Estado, cumpliendo las órdenes de Su Santidad, formula, pues, la mayor y más formal protesta contra el hecho arriba indicado y contra la sancion que con él mismo se pretende dar á la usurpacion cometida en detrimento de la Santa Sede.

»Rogando á V. E. que ponga esta protesta en conocimiento de su gobierno, el infrascrito, etc.—*Juan Cardenal Simioni.*»

UN ACTO DE HEROISNO.

El «Gibraltar Chronicle» anuncia, tomado del «Times», el fallecimiento en Paris, de una hermana de la Caridad, debido á un acto incomparable de heroismo llevado á cabo por la misma, á riesgo de su vida: oigamos al colega:

«Una de las hermanas de Caridad sucumbió la última semana de un ataque de hidrofobia, contraido bajo las circunstancias de un heroismo no comun.

Segun relata la «Gazette Hebdomadaire», un mes atrás la hermana Simplicia llevaba de paseo algunos niños convalecientes, el mayor de ocho años de edad, cuando fueron de repente atacados con furia por un perro babeando.

La hermana instantáneamente conoció el peligro, y con resolucion se interpuso entre los aterrorizados niños y el

furioso animal, sosteniendo con valentia sus ataques. Fué cruelmente mordida, y el perro escitado por los gritos de los niños se esforzaba en arrojarse sobre ellos. Entonces tuvo lugar un sorprendente acto de abnegacion. Protegiendo con su cuerpo á los niños que estaban asidos á su vestido dando gritos de espanto esta esforzada jóven se arrojó con valor sobre el perro, y por diez minutos lo sujetó, introduciéndole su puño en la boca para evitar mordiera á sus protegidos. Algunos campesinos que llegaron mataron al perro.

La hermana tenia quince profundas heridas en sus manos, lacerados sus brazos, y una importante arteria estaba dañada. Un hábil tratamiento fué dado á sus heridas, aplicándoles ligadores y cauterizando las partes dañadas; por un corto tiempo despues de su vuelta á Paris, se tuvo alguna esperanza de que se libraria del último destino que con tanta razon habia de temer.

El jueves, sin embargo, el espasmo, vómitos é hidrofobia apareció con todos sus síntomas característicos, y la hermana Simplicia falleció de esta fatal y terrible enfermedad, encontrando consuelo en la certidumbre de haber salvado á costa de su vida las cinco criaturas que le habian sido confiadas.

Tales actos de heroismo casi no pueden ser objeto de comentarios; su recuerdo viene á ser un título de gloria á las familias á que sus autores pertenecen y representan, y á la vista de todos es el espíritu de sacrificio y abnegacion en el más sublime grado.»

Anteayer se celebraron las honras fúnebres por el alma de Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans. La Compañía del ferro-carril de Paris á dicho punto, habia establecido un tren especial que condujo en dos horas á los que quisieron asistir á la ceremonia. Entre la multitud considerable que acudió á honrar la memoria del prelado debemos consignar especialmente al Arzobispo de París, y al Cardenal de Bonaehosse, y á unos veinte prelados más.

El abate Bugeaud, vicario general de Orleans, subió al púlpito á leer el testamento del difunto y á rogar á los fieles pidiesen á Dios por su alma, habiendo tenido que limitarse á este ruego solamente, sin pronunciar oracion fúnebre, por ser esta la voluntad del finado.

Curacion milagrosa de un tísico.—Los médicos admiten voluntariamente la curacion de las enfermedades nerviosas en Lourdes, no como hechos sobrenaturales, sino como consecuencias de la exaltacion religiosa. Pretende que ciertas enfermedades jamás son curadas en Lourdes, por ejemplo, las enfermedades del pecho.

Hé aquí, pues, un caso de *pulmonia tuberculosa* curada en Lourdes.

Chorel, habitante en la calle Nueva de Saint Mené, núm. 36, en Paris, estaba en el hospital Hotel-Dieu, al cuidado del doctor Fremy.

Vuelto á Dios durante su enfermedad, tuvo el pensamiento de pedir á Nuestra Sra. de Lourdes su curacion para convertir por este medio á uno de sus amigos, redactor de un periódico de los más anti-católicos.

Su enfermedad del pecho estaba tan adelantada, que cuando salió del hospital el médico le dijo al enfermero:

«Este quiere ir á morir lejos de aquí?»

La vispera de su salida para Lourdes fué á rogar á los piés de Nuestra Señora de la Salud, y se sintió bastante fortalecido. Al otro dia comulgó en Nuestra Señora de las Victorias, y á partir de este momento, no arrojó ya más sangre. Sin embargo, durante el viaje estuvo bastante malo.

El ha vuelto, pues, muy bien curado y con tan buena salud, que al regresar visitó el hospital: y enfermeros, médicos, y enfermos se quedaron estupefactos al verle, no queriendo creer que fuese el mismo. Su amigo el periodista no ha podido menos de admirar este acontecimiento, y por la mañana se fué con él á oír misa á Nuestra Señora de las Victorias.

(De *L'Univers.*)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

Martes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho y en Santa María á las nueve, misa de renovacion.